de duros. Vaya V. en el día á ganar nada de esto pasando por original. ¿Quién trae nada de sus viajes que no haya antes llegado á noticia de todos por gacetillas de periódicos, anuarios, manuales y cronicones científicos?

Bien se lamenta de esto Leopardi, cuando exclama:

sceso il sapiente
E salita e la turba a un sol confine,
Che il mondo agguaglia.

En efecto, aquella autoridad de que se revestían los antiguos sabios, aquel solemne magisterio con que pronunciaban como oráculos máximas en verso que habían de servir de norma y ley de la vida, ya han desaparecido. Ya no es posible afirmar con el lírico venusino:

Dictæ per carmina sortes
Et vitæ mostrata via est;

ya no es el poeta quien distingue lo público de lo privado y lo sagrado de lo profano, quien prohibe las costumbres licenciosas y establece los consorcios estables, quien funda las ciudades y graba en tablas ó en bronce sus leyes. El poeta gnómico ó sentencioso ha descendido, pues, á ser en el día un pedagogo. Le ha sucedido lo que se cuenta de Dionisio Tirano, que, no pudiendo ya mandar á los hombres, acabó con escuela de párvulos en Corinto. En vez de los versos áureos de Pitágoras, y de las sentencias de Solon, Teognis, Focilides, Mimnermo, Simónides y tantos otros, sólo

podemos tener hoy las máximas del Barón de Andilla.

Y no se me diga que el Barón es menos original que Solon, Teognis y los demás gnómicos citados. Las sentencias de aquellos sabios antiguos debieron de estar de antemano en la mente del pueblo. Ellos sólo tuvieron el mérito de fijarlas y preservarlas con la palabra rítmica, pero con estilo sencillo, natural y poco distante de lo común y más usado. Lo que ellos tuvieron, y lo que no tuvo el Barón de Andilla, fué la oportunidad, el venir á tiempo, la fortuna de componer sus máximas para un público candoroso, reverente y que las tomaba por lo serio.

Resulta, pues, que los poetas primitivos, los grandes educadores y reveladores del linaje humano, fueron y no podían menos de ser muy poco originales. Precisamente estaba toda la fuerza de ellos en la poca originalidad, en que eran el eco sonoro del verbo de la muchedumbre, los que fijaron é inmortalizaron su pensar y su sentir más puro:

La palabra veloz que antes huía.

Más que de espíritu creador, aquellos hombres estuvieron dotados de espíritu crítico. Sin inventar nada, escogieron lo mejor de lo ya inventado ó pensado por el vulgo. Confucio, por ejemplo, al *Libro de los versos*, en que había tres mil cantos, no le añadió un canto más para que fuesen tres mil y uno, sino que suprimió la mayor parte, dejándolos reducidos á trescientos. Depurando,

no creando, enseñó la buena doctrina. ¿Qué virtud crítica no sería la suya, para haber extendido su influjo sobre más de la cuarta parte del linaje humano, que le venera en millares de templos hace más de dos mil años?

Sin duda para imitar á Confucio, un célebre literato español que estuvo de ministro plenipotenciario en el Celeste Imperio hizo la segunda edición de sus obras, no como los autores inmodestos, *corregida y aumentada*, sino á la chinesca, *corregida y disminuída*.

Y tal vez pasaría por remedo de Confucio también, si la cronología no se opusiese, aquello que sucedió en Roma en tiempo de Anco Marcio ó de Servio Tulio con los libros de las Sibilas. Quien trataba de venderlos presentó nueve, pidió cierta cantidad, y como no se la pagasen, redujo los libros á seis y pidió el doble. No le pagaron tampoco, y redujo á tres sus libros, aumentando otra vez el precio. Por dicha se los pagaron entonces; que si no pide más, disminuyendo de nuevo la colección de sentencias y oráculos que vendía.

¿Qué prueba esto sino que lo mejor y más transcendental que se ha escrito, se ha escrito por resta y no por suma, sustrayendo con el juicio y no adicionando con la fantasía? Los llamados *genios*, sobre todo en cosas de metafísica, de moral y de poesía, lejos de inventar y de fantasear, lo que han hecho es discernir, escoger, tomar lo bueno y lo bello donde quiera que lo hallaban, y depurado ya y limpio de toda mancha, tejer con ello una guirnalda de diyinas flores.

Así, pues, yo doy por seguro que Sakya-muni no inventó nada tampoco. Tal vez se limitó á divulgar especulaciones filosóficas de más antiguos sabios; ideas y doctrinas que, por no haber salido de las escuelas, ni entusiasmaban á la multitud, ni infundían terror á los brahmanes; pero Sakyamuni llegó á tiempo, se apoderó de aquellas doctrinas é ideas, puso en ellas el fuego del amor y les prestó el brío fervoroso que las transformó en religión é hizo brotar en ellas las alas del proselitismo.

¿Es más original el Korán? ¿No se podrá demostrar que Mahoma plagió mucho de libros judáicos y cristianos? En suma: de esta más alta y primitiva forma de poesía, de la sentencia, nada hay que un erudito no pueda acusar de copia ó remedo.

Un israelita contemporáneo ha hecho impíamente el mismo análisis del *Sermón de la montaña* que Nakens y Vázquez de algunas obras de Campoamor. Aquella buena nueva, aquella moral inaudita, aquel ideal sublime de la vida humana aparece en el libro del judío Cohen como una colección de sentencias de antiguos sabios y rabinos, donde no hay nada original ni nada nuevo. Y en verdad que si damos razón á este modo mezquino de criticar, nada hay que valga algo que no sea un plagio en sus pormenores. Quien había venido, no á abrogar la ley ni los profetas, sino á darles cumplimiento, no tenía necesidad tampoco de inventar máximas nuevas ni peregrinas. Demos por cierto, con Cohen, que el perdón de las inju-

rias, el amor de los enemigos, la caridad más ardiente, la confianza más ilimitada en nuestro Padre que está en los cielos, todo está aisladamente en los anteriores textos que Cohen cita; todo se enseñaba ya, casi en los mismos términos, en la sinagoga; pero el espíritu maravilloso que anima el conjunto, ¿en dónde estaba antes? ¿Dónde estaba antes la fuerza que convirtió en sal de la tierra el desabrido ingenio de unos pobres pescadores; que sacó de aquellos ignorantes la luz del mundo; que encendió la antorcha y no la puso debajo del celemín, sino sobre el candelero para que á todos alumbrase, y que fundó sobre el monte la nueva ciudad para que no pudiera esconderse nunca? Cierto que de una colección de máximas, tomadas de aquí y de allí, y reunidas como al acaso, no se saca, por excelentes que sean, aquella virtud superior que basta á apoderarse de los ánimos de la más noble porción de la humanidad, que informa, durante cerca de veinte siglos, la más alta de las civilizaciones, y que da el primado ó la hegemonía á los pueblos que la aceptan. Hay, sin duda, algo en el *Sermón de la montaña* que se escapó al análisis erudito del señor Cohen, y que no se halla en ningún libro anterior al Evangelio.

En pequeña proporción, bien puede afirmarse lo mismo de otras críticas y de otros análisis de obras humanas, naturalmente menos importantes, tildadas de centones y de copia de lo ya dicho por otros. El anatómico y el químico harán la disección de un sér organizado, mostrarán los tejidos de que se compone, probarán que las substancias todas de que consta nada tienen de singulares, antes bien son las mismas que están en los demás seres; pero el principio misterioso de la vida se ha escapado al escalpelo del anatómico, y no ha quedado en ninguna de las ampolletas y retortas del químico, ni convertido en esencia ó extracto ha salido por la piquera de su alambique.

IV.

En los asuntos para la narración, en los argumentos, en la materia épica, los autores se han copiado más aún que en las máximas.

Max Müller, y otros mil, han escrito ya sobre la emigración de las fábulas. ¿Qué añadiré yo á lo que ellos dijeron?

Empezando por lo que más comunmente se llama fábula, esto es, por aquella acción sencilla en que intervienen á menudo seres irracionales, y de la cual se infiere ó se pretende inferir una enseñanza moral, ¿quién negará que Samaniego ha copiado á Lafontaine, Lafontaine á Fedro, Fedro á Esopo, y Esopo, sin saberlo quizá, el *Hitopadesa* y el *Pantchatantra?*

Con muchas fábulas se podría hacer lo mismo que Max Müller ha hecho con la fábula de *La lechera*, siguiéndola de la India á la Persia, de la Persia á la Arabia y demás pueblos muslímicos y, por último, al Occidente de Europa, empezando por España, donde figura en la traducción de *Calila y Dimna* y en *El Conde Lucanor*, y aca-

bando en la *Perrete* del célebre fabulista de Francia.

Con los cuentos populares ó vulgares se podría hacer otro tanto. Apenas se comprende cómo han ido pasando de unas lenguas en otras lenguas, y de unas literaturas en otras literaturas. La Fontaine tomó el Jocondo de Ariosto, Ariosto oiría contar el cuento al vulgo, y el cuento vino, sin duda, de Oriente, ya que en substancia es el mismo que sirve de introducción á las *Mil y una noches*. El cuento de *Los tres burladores*, que Andersen nos da como popular dinamarqués, está referido en *El Conde Lucanor*, cuyo autor le tomó, sin duda, de los árabes, quienes tal vez le tomaron de los persas y los persas de los indios. Kalidasa tomó ya el asunto de Sacuntala de un poema; en el poema estaría tomado de la tradición oral; y el asunto de Sacuntala es aún el del cuento de *Doña Guiomar*, que cuentan en Andalucía. Conon, sofista griego, trae la historia del mal deudor, que puso dentro de la caña el dinero, para jurar que se le había dado al acreedor; este mismo cuento se convierte en la Edad Media en un milagro de San Nicolás, y puesto en versos latinos está en la colección de Du Méril; Cervantes, por último, le trasladó al *Quijote*, entre los juicios de Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria.

Los cuentos de hadas, de asombros y de prodigios, no tendrán pies ni cabeza, serán una sarta de desatinos, parecerá á primera vista que cualquiera, en poniéndose á ello, puede inventar

cuantos se le antoje. Sin embargo, no hay cuento de éstos, si en él hay algo de maravilloso y es de mera invención, que no resulte necio y sin gracia alguna. Es evidentísima la impotencia de todo singular poeta para inventarlos. Así es que Perrault, Grimm, Andersen, Musäus, madame D'Aulnoy y Mme. Prince de Beaumont, los han tomado de los labios del vulgo. Si algo añaden, es como adorno ó bordado; la trama, la tela, está ya tejida por el pueblo, sabe Dios desde cuántos siglos hace.

¿Será también fundada aquella otra queja del desesperado Leopardi:

O caro inmaginar, da te s'apparta
Nostra mente in eterno?

Cuando ni cuentos podemos inventar, ¿cómo han de inventarse ya Olimpos ni Walhalas? ¿De dónde han de salir ninfas, ni genios, ni dioses nuevos, aunque sean pequeñuelos y de mala muerte? ¿No deliran los que creen posible una religión del porvenir? Lo maravilloso del día está sólo en el límite entre lo explorado y lo inexplorado de las ciencias naturales. Julio Verne es el Homero y el Hesiodo.

Lo que es en el espiritismo, salvo lo que también se funda en adelantos de las ciencias de observación, ¿qué hay en substancia que no estemos hartos de saber desde que la pitonisa de Endor evocó la sombra de Samuel profeta? El espiritismo es la nigromancia, conocida en todos los países de la tierra. Pausanias evocó el espíritu de

Cleonice y habló con él, y Periandro consultó á la sombra de su esposa Melisa, yendo á evocarla en un club de espiritistas, que había establecido en Threspotia, á orillas del Aqueronte.

Si esto sucede con el espiritismo, ¿qué no se podrá decir de los dioses mismos que emigran también como los cuentos y las supersticiones de unos pueblos á otros pueblos? La mitología griega es sin duda la más bella de todas; pero ¿qué no debe á los arios primitivos, á los pueblos del Asia Menor, á los egipcios y á los fenicios? La máquina, pues, de la epopeya, lo sobrenatural ó maravilloso de los poemas, no sabe sino repetirse: es imposible inventarlo. Cuanto se inventa hoy viene á convertirse en una insípida alegoría: no vive, carece de sér y de consistencia propia.

Con lo legendario sucede lo mismo que con lo mitológico. ¿Qué poeta carece de juicio hasta el punto de ponerse á inventar una leyenda? Él la adornará, la hermoseará con su estilo, pero la leyenda está ya inventada.

Teófilo, prototipo de Fausto, está en las obras de la monja Hroswita, en Gonzalo Berceo, en las *Cantigas* del Rey Sabio; *Margarita la Tornera* de Zorrilla, en el *Quijote* de Avellaneda, en las *Cantigas*, en mil partes; D. Juan y Lisardo el estudiante, que ve su propio entierro, en romances populares, en las *Soledades de la vida* de Lozano, etc.; y los viajes al Paraíso terrenal, la historia del monje ó del santo ermitaño, que se queda embelesado oyendo cantar un pajarito, y cree estar un día ó un minuto oyéndole, y resulta luego que ha estado doscientos ó trescientos años, no hay lengua en que no esté referida mil veces. Los desposorios más ó menos místicos de un hombre ó de una mujer con un dios ó con una diosa, con un santo ó una santa, con Cristo ó con la Virgen, se repiten y se suceden desde Endimyon y Diana, Anquises y Venus, Atis y Cibeles, hasta el mozo de las *Cantigas* que da su anillo á la devota imagen, y la devota imagen cierra sus dedos de mármol y no suelta el anillo, haciendo así aquel lazo indisoluble, é inquebrantable aquel voto.

Nada parece más original, para quien no se para á pensarlo, que el gran poema del Dante. Ozanan, sin embargo, en su erudito discurso *sobre las fuentes poéticas de la Divina Comedia*, nos presenta un sinnúmero de viajes al infierno, de donde pudo tomar y tomó á manos llenas el vate florentino. *Facilis est descensus averni.* Ulises baja al infierno en la *Odisea* y Eneas en la *Eneida.* Dante ha imitado además el sueño de Scipión, la visión del abate Giovacchino, la visión de Alberico, los *Fioretti de San Francesco* y otra infinidad de obras por el estilo, que han hecho escribir á Labitte un estudio crítico titulado *La Divina Comedia antes del Dante.* «Mas no se crea, dice Ozanan, que Dante sea menos grande por eso. Nos parece, al contrario, que el primer signo del genio no es sér nuevo, sino sér antiguo; trabajar sobre alguno de aquellos asuntos que jamás cesaron de interesar á los hombres. No es cierto que el arte no interese sino por lo imprevisto. Nada se repite tanto como la elocuencia. Bossuet no tiene

un solo movimiento oratorio que no deba á los padres de la Iglesia.»

Y luego añade Ozanan: «¿Qué le queda, pues, al genio y por qué se eleva sobre la multitud? Por el asunto de sus obras, que pertenece á todo el mundo, el poeta se confunde con el pueblo. El poeta se eleva sobre la multitud, por el trabajo, que es suyo, y por la inspiración, que recibe de Dios.»

Con este criterio, ya podemos librarnos los que escribimos de la nota de plagiarios. Con el de los Sres. Vázquez y Nakens caerá Campoamor, pero no quedará en pie ídolo alguno.

¿Qué sería entonces de Virgilio, á quien Jerónimo Vida, uno de sus más fervientes admiradores, pinta

magni exuvias indutus Homeri;

y sin que de ello se avergüence: *nec pudet?* La historia poética de Alejandro Magno se ha repetido y copiado en muchas lenguas de Europa y de Asia, en persa, en griego, en latín, en alemán y en francés, antes de que Lorenzo de Segura la pusiese en castellano. Los sueños y poemas de los antiguos bardos, algo transfigurados por el cristianismo, y renovados con más esplendor cuando Guillermo *el Bastardo* vengó de los anglos á los vencidos bretones, se difundieron por toda Europa y fueron constante alimento de todas las literaturas. Merlín y Viviana, Tristán é Iseo, Lanzarote y Ginebra, viven en los cantos de los trovadores y de los *minnesinger*, en los antiguos romances de Castilla, y hasta hoy en los idilios de Tennyson. Las mil historias del ciclo carlovingio no han sido menos repetidas. Ariosto copió, tomó de todas partes para escribir su *Orlando*. Y no sólo puso en él *tutta la romanzeria*, sino que imitó y tradujo las fábulas, las descripciones y los pensamientos de los antiguos clásicos.

Aunque Camöens, con su arrogancia de poeta, y de poeta portugués, exclame al principio

Cesse tudo o que a Musa antigua canta
Que outro valor mais alto se alevanta,

no fué bastante poderosa la novedad del asunto para que no repitiese al cantarle mucho de lo que la musa antigua había ya cantado. En Camöens se nota también la imitación de los clásicos, aunque no tanto como en Sa de Miranda y en Ferreira, egregios maestros de la poesía lusitana.

Mil veces se ha repetido aquello de que el robo literario no se perdona sino cuando va unido al asesinato; pero tampoco es esto verdad. Virgilio no mató á Homero con su *Eneida*, ni á Teócrito con sus *Bucólicas*.

Lo contrario sucede á menudo. El poeta muerto, esto es, olvidado, resucita merced al robo que hace de su hacienda otro poeta. Sirva de ejemplo Jacobo Masenius. Su *Sarcothea* volvió á la vida y quedará ya siempre en la memoria de los hombres por la extraordinaria cantidad de pensamientos, de imágenes, de pinturas y descripciones que tomó de ella Milton al componer su *Paraíso Perdido*.

La acusación del escocés Lauder contra Milton, tildándole de plagiario, no menoscaba, á mi ver, la gloria del Homero británico; pero, díganse en contra cuantas sutilezas se puedan inventar, es evidente que Milton copió á Masenius, y no sólo á Masenius, sino á otros autores, como á Grotius en su *Adamus exul*, á Taubmann en su *Bellum angelicum*, á Barlæus, á Ransey y á Rosse.

En cuanto á la ciencia, á la filosofía, á la doctrina que el poeta divulga en sus obras, aún suele ser menor la originalidad.

Rem tibi Socraticæ poterunt ostendere chartæ:
Verbaque provisam rem non invita sequentur,

ha dicho Horacio.

Los filósofos darán al poeta la doctrina, y, una vez adquirida la doctrina, las palabras para expresarla se presentarán con facilidad.

En efecto, ¿qué habrá dicho Dante en su admirable poema que no esté ya en Santo Tomás de Aquino, en San Buenaventura, en el Maestro de las sentencias y en tantos otros sabios de la Edad Media?

Cuando un idioma está en su período de formación, cabe que luzca el poeta su originalidad inventando al menos frases y giros. Esto es difícil cuando el idioma está ya formado.

La palabra aún es más difícil de inventar que la frase. Sólo es dable tomar palabras de otros idiomas ó hacer palabras compuestas de dos ó más sencillas. Aun en esto mismo es menester que sea muy parco el inventor, si no quiere hacerse ridículo ó pesado. Lo que es la palabra sencilla nueva, rara vez se inventa como no sea en estilo picaresco y bajo: v. gr., *cursi*, *guasa* y *filfa*.

Pasó ya el tiempo de la invención del lenguaje, como pasó el de la aparición de las leyendas, materia épica, religiones y mitologías. Los que se meten á inventores de estas cosas caen en lo grotesco, como una secta herética, que hubo poco há, ó que hay aún en Inglaterra, cuyos individuos, creyéndose inflamados del Espíritu Santo, á semejanza de los Apóstoles en el Cenáculo, rompen á hablar en lenguas desconocidas, y todas inventadas por ellos.

El asunto de estos artículos es inagotable si nos empeñamos en seguir citando. Pongamos ya término á las citas para no fatigar á los lectores, y vengamos á una conclusión.

Puesto que todos los poetas se copian, ¿en qué consiste la originalidad?

Primeramente diré que la originalidad puede tomarse á mala parte. Llámase á veces original al extravagante, raro y disparatado. De esta originalidad pedimos á Dios que nos libre.

La verdadera y buena originalidad ni se pierde ni se gana por copiar pensamientos, ideas ó imágenes, ó por tomar asunto de otros autores. La verdadera originalidad está en la persona, cuando tiene sér fecundo y valer bastante para trasladarse al papel que escribe, y quedar en lo escrito, como encantada, dándole vida inmortal y carácter propio.

Para ser, pues, original en el buen sentido, no

hay que afanarse mucho ni poco en decir y pensar cosas raras. Basta con pensar, sentir y expresar lo que se piensa y se siente, del modo más sencillo. Entonces sale retratada el alma del que escribe en lo que escribe; y como el alma es original, original es lo escrito.

Ni se crea que esto es tan fácil. Los autores vulgares apenas tienen alma, y su alma ni sale retratada, ni queda en el estilo. Bien podrán no imitar á nadie, pero no serán originales; serán cualquier cosa: lo que todo el mundo es.

El estilo sencillo y natural es difícil, aunque no lo parezca. En cualquiera época hay un estilo de convención, un enjambre de frases hechas, una *manera*, en suma, á la que se adapta la turbamulta de los poetas. Para escribir con estilo propio, es menester desechar esta manera; ser uno, en suma, como Dios le hizo. El que logre serlo escribiendo, ese será original, diga lo que diga. Sus versos no podrán menos de tener cierto encanto, porque en ellos estará y vivirá lo mejor y lo más hermoso de su alma.

Por eso Horacio, Virgilio, Shakespeare, Milton, Garcilaso, Ariosto, Dante y otros muchos, de cuyos plagios pueden llenarse libros enteros, viven como altísimos poetas en la memoria de los hombres, mientras de otros, que jamás copiaron nada de nadie, no hay sér humano que se acuerde, ó que los lea, ó que leyéndolos los sufra.

Por último, vale más copiar una discreción ó una cosa bella, que decir una sandez, una frialdad ó un desatino propio, dado que sandeces, frialdades y desatinos no sean también copiados. Lo que nada vale no tiene dueño; mas no por eso se ha de suponer que lo crea ó engendra quien lo toma. Discurrir así sería como si alguien imaginase que eran hijos suyos todos los muchachos de la Inclusa.

Réstame sólo añadir que en este escrito, motivado por las acusaciones dirigidas contra el señor Campoamor, tampoco digo yo nada que sea original; nada que no esté dicho y repetido de mil modos diversos. No se escribe siempre para decir cosas nuevas, sino para recordar las ya sabidas á los que las tienen olvidadas, ó para enseñárselas á los que, por no acudir á las fuentes, las ignoran por completo.

Repito lo ya dicho. Si tuviésemos tanto horror al plagio; si no nos decidiésemos á escribir sino cuando contásemos con algo inaudito que comunicar á nuestros semejantes, revistas, diarios, semanarios y libros acabarían casi del todo. ¡Ay entonces de los libreros, impresores y fabricantes de papel!

Si tuviésemos tanto horror al plagio; si juzgásemos los libros con el criterio severísimo de hallar en ellos siempre lo nuevo é inaudito, en vez de ser bibliófilos, debiéramos ser *biblioclastas*. El califa Omar, el cardenal Jiménez de Cisneros y el primer arzobispo de Méjico, D. Juan de Zumárraga, quemando el primero libros griegos, el segundo libros arábigos y el tercero hieroglíficos aztecas, saldrían justificados.

¿Qué quemarían de importante y que no haya

quedado en otros libros? Casi se puede afirmar que nada. En este sentido, pues, deben considerarse los personajes citados como bienhechores de la humanidad, ya que quitaron de en medio tanto inútil quebradero de cabeza.

VIDA DE LORD BYRON

POR EMILIO CASTELAR (1).

ON el título general de *Semblanzas contemporáneas de los personajes más célebres del mundo en las letras, las ciencias y las artes*, sabía yo que se está publicando en la Habana una colección de obras, debidas á la fecunda y elegante pluma del señor Castelar, é impresas por una Sociedad editorial, á cuya cabeza parece que está D. Alejandro Chao, hermano de D. Eduardo, tan conocido en la Península entre los más notables corifeos del partido político dominante.

Aún no había visto yo ninguna de esas vidas, retratos ó semblanzas, cuando cayó en mis manos la de Lord Byron. La belleza y el esmero de la edición me sorprendieron desde luego agradablemente, pues no desconozco las dificultades con que hay que luchar en la Habana por la rareza y carestía de la mano de obra. Bastóme, pues, ver

(1) *Revista de España*, noviembre de 1873.